

La razón por la que los regímenes totalitarios pueden llegar tan lejos en la realización de un mundo ficticio y trastornado es la de que el mundo exterior no totalitario, que siempre comprende una gran parte de la población del mismo país no totalitario, incurre también en el error de confundir sus deseos con realidades y elude la realidad frente a la auténtica locura de la misma manera que las masas la eluden frente al mundo normal.

Hannah Arendt
Los orígenes del totalitarismo.

PRESIDENT'S SCHEDULE

THE PRESIDENT'S SCHEDULE

Tuesday - September 15, 1970

Revised: C-6
9/14/70
7:45 p.m.

Staff Meeting - The President's Office.

9:15 Mr. Augustine Edwards

The President's Office.

9:30 Mr. Henry A. Kissinger - The President's Office.

9:45 ~~Gerhard~~ Schroeder, CDU Deputy Chairman.

The President's Office.

10:00 Signing Ceremony - Foreign Assistance Message.
(15 mins)

The Cabinet Room.

10:30 Mr. William Buckley
(30 mins)

The President's Office.

11:15 Congressman William Cramer

The Roosevelt Room.

11:35 Senate Candidates - Photo Session - The President's Office.

12:20 Depart the White House via motorcade for the Capitol to
attend a luncheon hosted by Congressman William Colmer.

2:00 Return to the White House.
2:00 Return to the White House.

2:05 Governor William Cahill
2:05 Governor William Cahill

The President's Office.
The President's Office.

PERSONAL TIME

1

Retóricas de la derecha radical

Laura Arranz Sánchez

Luis Ignacio García

Andy King

João Cezar de Castro Rocha

Lorenna Sini

Alia Trabucco Zerán

Enzo Traverso

EDICIÓN

Mary Luz Estupiñán y Raúl Rodríguez Freire



M I M E S I S

MUNDOS POR VENIR

RETÓRICAS DE LA DERECHA RADICAL

© Laura Arranz Sánchez
© Luis Ignacio García
© Andy King
© João Cezar de Castro Rocha
© Lorena Sini
© Alia Trabucco Zerán
© Enzo Traverso

© ediciones mimesis

edición: Mary Luz Estupiñán & Raúl Rodríguez Freire

**diseño y diagramación: Mary Luz Estupiñán, Raúl Rodríguez Freire
y Araceli Salinas Vargas**

ediciones mimesis
Santiago, Chile
edicionesmimesis.cl
mimesisediciones@gmail.com

septiembre 2023
ISBN: 978-956-6130-11-6



PRESENTACIÓN
Retóricas reaccionarias

6

ENZO TRAVERSO

Posfascismo.
El fascismo como concepto transhistórico

15

LORENNA SINI

Éric Zemmour Y Marine Le Pen. Descifrando los discursos de la nueva derecha radical francesa

37

LAURA ARRANZ SÁNCHEZ

A vueltas con el discurso de la ultraderecha en España: el uso del recurso de la 'ideología de género' del partido Vox

56

ANDY KING

Armas de distracción masiva. La derecha radical y sus tácticas de culture jamming en la guerra memética

79

JOÃO CEZAR DE CASTRO ROCHA

El espejo retrovisor del futuro (que puede no llegar): reflexiones sobre el bolsonarismo

110

LUIS IGNACIO GARCÍA

Solo balas, balas. Discursos de odio y nuevas derechas en la Argentina

136

ALIA TRABUCCO ZERÁN

¿Qué hay de nuevo, viejo? Las izquierdas ante el auge del fascismo

168

Autoras y autores

181

SOLO BALAS, BALAS

Discursos de odio y nuevas derechas en la Argentina

Luis Ignacio García

1. Un atentado a la democracia

El jueves 1 de septiembre de 2022, poco antes de las 9 de la noche, la vicepresidenta Cristina Fernández de Kirchner regresaba a su domicilio después de presidir una sesión en el Senado. Fernández se encontraba saludando a sus simpatizantes, una numerosa multitud que desde hacía más de una semana se reunía todos los días frente a su residencia, acompañándola cada tarde en el marco del hostigamiento judicial del que estaba siendo objeto. El 22 de agosto anterior, la fiscalía de una causa abierta sobre obra pública había formulado un alegato solicitando la prisión de varios altos funcionarios de la presidencia de los Kirchner, incluyendo a la vicepresidenta, y solicitaba, asimismo, su inhabilitación para ejercer cargos públicos, todo ello a calculados meses previos del inicio de la campaña electoral actualmente en curso. De pronto, y mientras se desplazaba hacia su domicilio rodeada de esas demostraciones de afecto, Fernando André Sabag Montiel, un hombre de 35 años, gatilló dos veces sobre la cabeza de la vicepresidenta con una pistola Bersa calibre 32. La pistola tenía cinco balas en el cargador, y, sin embargo,

el disparo no salió. El magnicidio no fue consumado, pero el intento de asesinato fue el emergente más dramático de un retorno de la violencia a la vida política argentina de los últimos años, y el efecto más espectacular de una sistemática horadación de los pactos democráticos de la posdictadura. El espacio ínfimo que medió entre la bala y el gatillo es el hálito improbable en el que aún hoy se bambolea la vida colectiva argentina: el magnicidio no fue consumado, pero el pasaje al acto de las nuevas derechas sí. El disparo a la vicepresidenta no salió, pero el atentado a la democracia fue el más escalofriante de estas cuatro décadas de posdictadura.

2. Fue el odio

Esa misma noche, el presidente Alberto Fernández habló en cadena nacional. Repudió el atentado contra la vicepresidenta —y dos veces presidenta, entre los años 2007 y 2015—, como el hecho institucionalmente más grave sucedido desde la recuperación democrática de 1983. E instaló una clave de lectura: “Estamos obligados a recuperar la convivencia democrática que se ha quebrado por el discurso de odio que se ha esparcido desde diferentes espacios políticos, judiciales y mediáticos de la sociedad argentina. Podemos disentir, podemos tener profundos desacuerdos, pero en una sociedad democrática los discursos que promueven el odio no pueden tener lugar porque engendran violencia, y no hay ninguna posibilidad que la democracia conviva con la violencia.” Los “discursos de odio” se postulaban como primera explicación oficial del atentado. Con ello, más que proponer una interpretación innovadora, el presidente decantaba y sancionaba un conjunto de discusiones que se venían sosteniendo en la Argentina desde hacía algunos años, sobre la emergencia simultánea de los discursos de odio y de nuevas expresiones de una derecha radical (sólo más tarde nombradas como “nuevas derechas”,

neofascistas o “posfascistas” –como prefiere Enzo Traverso–), en nuestro país. Quien empuñó el arma y sus cercanos y cómplices dieron muestras

1. Por ejemplo, Pablo Stefanoni ironizó respecto a la peligrosidad de esta banda, que para mayor ridículo fuera bautizada como “la banda de los copitos” (por tratarse de un grupo que vendía copos de azúcar), en Stefanoni 2022.

de pertenecer a un círculo más bien excéntrico y marginal, ligado a agrupaciones menores, y (por ahora) bizarras, de extrema derecha (como “Revolución federal”). Ello llevó a algunos analistas a minimizar el episodio casi como dudosa trama de película clase B.¹ Mi mirada es inversa. Justamente la precariedad lumpen de esta banda difusa e improbable exige con mayor perentoriedad aún interrogar las condiciones –sociales, políticas, mediáticas, discursivas– que hicieron posible que un cualquiera pudiera embarcarse en semejante acción (mientras, por otro lado, los posibles vínculos con eventuales responsables políticos aún no hayan sido realmente esclarecidos, en parte por el limbo judicial en el que se ha atascado la investigación). Ese neofascismo improvisado, lumpen, diríase espontáneo, sólo puede suceder cuando es una posibilidad a la mano, justamente, de cualquiera, cuando ya es parte del medioambiente ideológico que respiramos, disponible para ser movilizado en el momento oportuno, sin requerir de sicarios profesionales para su pasaje al acto. El complejo de problemas convocado por los “discursos de odio” intenta abordar las delicadas preguntas por estas formas de descomposición de las democracias contemporáneas.

3. La bala judicial

Pocos días más tarde, en la simbólica fecha del 11 de septiembre, el diario Clarín, pata mediática fundamental de la operación contra la vicepresidenta, publica un editorial titulado, desembozadamente, “Cristina, entre la bala que no salió y el fallo que sí saldrá” (Vaca, 2022). Testimonio atroz del estado del discurso público en nuestro país, el

editorial suponía, o proponía, sin tapujos, una relación interna entre lawfare y asesinato: el objetivo es uno y el mismo, la aniquilación del adversario, convertido en enemigo. No importa por qué medios, total, si falla uno de ellos habrá otros a mano. Clarín admite que hay una línea de continuidad entre ambos hechos, no sólo dándole visos de justicia (por mano propia) al acto criminal, sino, increíblemente, tiñendo de sangre el propio obrar judicial: el fallo se convierte (en manos de sus propios promotores) en la continuación del atentado por otros medios, lo que no hizo la bala lo hará la justicia. Es increíble que Clarín no perciba la absoluta deslegitimación que del propio proceso judicial propicia con semejante título. Pero lo más alarmante es que, en realidad, uno no puede presumir inocencia: Clarín sabe que al vincular el fallo judicial a la aniquilación física de la vicepresidenta moviliza oscuros resortes en su público lector, ya preparado por sus propias operaciones discursivas para convertir ese título aterrador no en un traspié, sino en un discurso que otorga una *nueva legitimidad* al fraudulento proceso judicial. Clarín sabe que con ese titular no deslegitima el proceso judicial, sino que disputa los criterios de legitimidad en la *polis pos-política* que construye en su discurso: ese editorial no demuestra ninguna impericia, sino la pericia siniestra de haber logrado que la aniquilación del otro como política fuera aceptada ya, previamente, como dato, como hecho admitido en la discusión pública en nuestro país. No importa si esa aniquilación es física, a través del asesinato, o política, a través de su persecución judicial, en la medida en que se logre el objetivo de la eliminación de su influencia en el tablero político. João Cezar de Castro Rocha (2021) ha escrito sobre los vínculos y alianzas entre “activismo digital” y “activismo judicial” como claves para el desembarco de las nuevas derechas neofascistas en Brasil, un “activismo” entendido como movilización de formas de acción directa que horadan toda forma de mediación democrático-institucional y que preparan, por tanto, la escena pos-política en la que la reconfiguración neofascista de la vida colectiva puede medrar. La proscripción de la

vicepresidenta, efectivamente, llegó ese mismo año, el 6 de diciembre de 2022, condicionando así de manera determinante la campaña electoral que se venía. Hoy, la principal líder del campo popular en la Argentina no es candidata en las elecciones presidenciales de octubre de este año gracias a ese “fallo que sí salió”, esto es, a esa bala jurídica. La relación con el Brasil del Lava-Jato es sistémica. Un fallo que sus propios operadores mediáticos vincularon de manera tan directa e interna con esa bala que, de este modo, pende, eficaz, como amenaza y disciplinamiento, sobre la democracia argentina, condicionándola, limitándola, minándola desde dentro de sus propias aporías.

4. El malestar en la lengua

El editorial de Clarín se hacía cargo, en negativo, de la circulación súbitamente profusa del tópico de los “discursos de odio” al sostener: “el relato del ‘discurso del odio’ funciona a esta altura como paraguas ante una eventual condena por corrupción de la Vicepresidenta”, acusando así al oficialismo de hacer un uso puramente instrumental del concepto. Y, de hecho, ese ha sido el modo en que las derechas en general (tanto más las “nuevas”) reaccionaron al concepto: como una rúbrica que sólo esconde la pretensión de superioridad moral del progresismo y su temor ante el declive de su ascendente en la opinión pública (en lo que las “nuevas derechas” insisten en llamar la “batalla cultural”), además del gesto característico de auto-victimización de la moral progre y sus pasiones tristes.²

2. Ejemplo característico de esa “batalla cultural” son los *best sellers* del influencer cordobés Agustín Laje, sobre todo los dos últimos, *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una Nueva Derecha y Generación idiota. Una crítica al adolescentismo*, donde se dice: “Nada más fácil que acusarnos de ‘discurso de odio’ cuando nos defendemos de los odiadores que monopolizan el ‘discurso del amor’” (2023: 290). Es importante ensayar miradas comparativas con otros fenómenos similares de la región, donde la emergencia de las “nuevas derechas” viene acompañada de escritores que combinan su

activismo digital con la apuesta a la venta masiva de libros que permiten otro tipo de articulación de su “guerrilla cultural”. Para el caso paradigmático de Olavo de Carvalho en Brasil (que ya en 2013 había publicado un libro con la palabra “idiota” en su título, con la misma función metonímica respecto a “progresista”: *O mínimo que você precisa saber para não ser idiota*) véase el citado libro de Castro Rocha. Para una mirada comparativa en la región, véase Schuster 2023.

Por mi parte, creo que hay que salvar el concepto y la historia de los “discursos de odio” del berenjenal discursivo que ellos mismos intentan describir, justamente porque necesitamos herramientas para abordar la descomposición de la palabra pública como condición de la actual descomposición de la democracia.

Y lo que sí hay que reconocer es que el atentado a Cristina Fernández desencadenó una circulación del tópico en los medios masivos que implicó por cierto una oportunidad para instalar una discusión, pero a la vez involucró un empobrecimiento de lo que el concepto procuraba plantear. Más pronto que tarde se convirtió en una nueva muletilla de denuncia que iba y volvía a ambos lados de la “grieta” política en el país, entre oficialismo y oposición. Inadvertidamente “discurso de odio” se fue convirtiendo en una etiqueta meramente clasificatoria, pasando a describir cualquier enunciación subida de tono, y al final del día, simplemente, el discurso del antagonista del caso. El concepto comenzaba a hundirse en el barro que él mismo intentaba describir.

Por esto quisiera decir desde el principio que, en mi lectura, la noción de “discursos de odio” alude a la oportunidad de plantear el diagnóstico de un malestar de época, y no a una rúbrica clasificatoria de cierto tipo de discursos. Los “discursos de odio” nombran un complejo conjunto de fenómenos de nuestra vida lingüística que refieren al acelerado proceso de descomposición de la palabra pública y de las pautas e instituciones que dieron forma a lo que hasta hace no mucho tiempo aún llamábamos “esfera pública”, y un intento de diagnosticar a qué se enfrenta la democracia. “Discursos de odio” nombra las múltiples formas –imperceptibles, insidiosas y pre-ideológicas– en las que el neofascismo se cuela en nuestro lenguaje, y a través de nuestro

lenguaje, es decir, en el fundamento inapropiable de lo común. Los “discursos de odio” son una forma de vincularnos con el lenguaje que destruye ese fondo inapropiable, que violenta su núcleo incommunicable, negándonos la experiencia lingüística como experiencia de lo común. Por eso, es importante destacar que no toda expresión violenta, ni siquiera toda expresión de odio, puede contarse como “discurso de odio”. Los “discursos de odio” refieren a transformaciones específicas de la estructura de la subjetividad y de la esfera pública que apuntan a una descomposición anómica de la conversación política en la peligrosa dirección de un nihilismo lingüístico que allana el camino al nihilismo pospolítico en el que prosperan los sorprendentes ensayos neofascistas contemporáneos. Lo primero que hay que decir, entonces, es que los “discursos de odio” no refieren a un conjunto de propiedades observables en enunciaciones empíricas que nos permitieran clasificarlas y encasillarlas para, eventualmente, penalizarlas o prohibirlas. Pensar así sería muy tranquilizador. Y no sólo por el sesgo punitivista al que daría lugar, sino, sobre todo, por la moralización de la experiencia lingüística que propiciaría: quien denuncie la circulación de “discursos de odio” siempre se creerá exento de las condiciones lingüísticas de posibilidad de ese tipo de discursos. Una suerte de blindaje progresista (y en esto hay que saber leer a las “nuevas derechas” a contrapelo). Lo primero que hay que entender es que los discursos de odio refieren a condiciones que nos afectan a todxs, a un verdadero malestar en el lenguaje de nuestro tiempo. De otro modo, la rúbrica “discursos de odio” se puede convertir en una nueva arma con la que participar de la guerra discursiva contemporánea, es decir, con la que alimentar nuevamente el circuito cerrado de los discursos de odio, que tanto saben de retroalimentación y recursividad, no sólo digital.

Todxs corremos el riesgo de renunciar a lo común que se aloja en el lenguaje, aplanando nuestra vida lingüística a una lógica de replicación, en la violencia de una transparencia que desaloja toda alteridad

de nuestra experiencia (anticipando la negación de toda alteridad, ni bien asome). Si el lenguaje no es experiencia de la alteridad que nos habita, ya estamos capturados por la máquina (digital o no) del odio. La lengua no pertenece a nadie, porque habita a cualquiera (como cualquiera era Sabag Montiel). El lenguaje es el otro, es el extraño, que habita insidioso las fantasías de la identidad. En este sentido, una batalla ganada de los discursos de odio fue que quienes se le oponían movilizaran consignas como “el amor vence al odio”, reproduciendo, en el propio campo de quienes combatíamos los discursos de odio, las lógicas maniqueas de pureza e impureza que movilizan, por definición, los discursos de odio. Si desde estas nuevas derechas nos dicen “son ellos o nosotros”³, responderles con “el amor vence al odio” o consignas similares es un modo de darles por ganada la batalla antes de disputarla.

3. Así se manifestó el diputado opositor Ricardo López Murphy apenas cinco días antes del atentado a Cristina Fernández, con ocasión de la represión sufrida por los simpatizantes de la vicepresidenta que se reunían diariamente frente a su domicilio en su apoyo: “Son ellos o nosotros”, escribió, amenazante, en su cuenta de Twitter.

5. No hay “dos demonios” del odio

Sin embargo, una vez afirmado que nadie es inmune a las condiciones que hacen posible los discursos de odio y que amenazan permanentemente con despojarnos del núcleo heterológico de nuestra vida lingüística, debe sostenerse, con el mismo énfasis, que son sólo ciertas orientaciones políticas y ciertas fuerzas sociales las que se benefician activamente de la movilización de tales discursos. Tras el atentado, las derechas intentaron equiparar la virulencia de su propio discurso con las formas de confrontación de las fuerzas populares o de izquierda. Y aquí hay que ser enfáticos: aunque todxs estemos expuestxs a sus efectos, sólo algunas orientaciones políticas hacen de los discursos de odio un componente constitutivo de sus formas de construcción política, de sus

estrategias de reclutamiento, de sus modos de movilización militante. Sólo aquellas en las que el deslizamiento desde el antagonismo hacia la negación (simbólica o no sólo simbólica) del otro, convertido en enemigo a erradicar, pueden beneficiarse de la fuerza corrosiva de los discursos de odio.

Una fuerza paradójica, porque se trata de un tipo de construcción a través de la destrucción que no carece de riesgos para quienes se embarcan en esa dirección. Y entonces nos vamos acercando a nuestro problema: sólo los neofascismos contemporáneos se benefician de las aporías de los discursos de odio, porque son sólo estas nuevas manifestaciones las que están en condiciones de capitalizar la movilización política indiscriminada del odio. La fuerza y, al mismo tiempo, la peligrosidad de estas manifestaciones (su anomia, su nihilismo intrínseco, volátil y errático por definición) se liga justamente a que son las que se están atreviendo a esa apuesta clave de toda aventura fascista: *construir lazo social a través de la destrucción del lazo social*. En esa aporía encuentra su expresión más íntima el vínculo entre fascismo y discursos de odio: *construir un lenguaje a través de la destrucción del (núcleo inapropiable del) lenguaje*. Instrumentar la violencia, la anomia y el caos (discursivo, ideológico, político) es una apuesta arriesgada, porque sus efectos nunca son anticipables ni domeñables, ni siquiera para sus propios instigadores. Que se tornen opciones atendibles para los sectores dominantes habla del estado de la crisis que vivimos. La movilización activa del odio es el huevo de la serpiente.⁴ Pero en tiempos de radicalización de las desigualdades y de la consecuente saturación de la violencia acu-

4. De hecho, es el rasgo que destaca Daniel Feierstein como determinante para poder hablar hoy de "fascismo", al menos en términos de práctica social (no de régimen de gobierno ni de ideología), en nuestras sociedades, que por primera vez se enfrentarían a esta estrategia de movilización. Los autoritarismos del siglo XX no habrían sido fascistas porque buscaban la paralización a través del miedo, y no la movilización a través del odio. "Las estrategias de la derecha argentina, en esta última década, comienzan a proponernos algo paradójicamente peor que lo que buscó instalar aquella dictadura [se refiere a la última dictadura militar argentina - LG]: estas nuevas derechas se han

propuesto incentivar nuestros odios,
transformar nuestras frustraciones
ya no en parálisis sino en agresión
frente al familiar, frente al par,
frente al vecino. Ahora sí se
nos propone desatar la violencia
contenida contra el inmigrante, el
desocupado, el piquetero, el negro,
el vendedor ambulante, el ratero,
el manifestante urbano, la abortera,
el árabe, el gitano o el judío.”
(Feierstein, 2019: 14s)

mulada se excluye la posibilidad de resolver el malestar otorgando nuevos derechos y formas de inclusión social. Esa violencia exige su descarga, y si no es como fuerza de transformación social deberá ser como espectáculo de (auto)destrucción. Tal como había

diagnosticado Walter Benjamin (2019) en el fascismo histórico de los años 30, cuando la transformación de las *causas* de la violencia se niega como posibilidad política e histórica lo que queda es la legitimación de su expresión cruda: “Las masas tienen un *derecho* a la transformación de las relaciones de propiedad; el fascismo intenta darles una *expresión* que consista en la conservación de esas relaciones”, decía Benjamin en su famoso ensayo sobre la reproductibilidad técnica. Los discursos de odio proliferan por su seductora capacidad de ofrecer una *expresión* de la violencia que consista en la *conservación de las causas* de la violencia. Y no olvidemos que el paradigma de esa *expresión* era, en Benjamin, la *guerra*. Cuando hoy los propagandistas de las nuevas derechas hablan de “guerra cultural” expresan el programa de esta estetización de la violencia contemporánea.

Los discursos de odio son, entonces, esa posibilidad de dar un cauce al malestar dejando intactas sus razones. Por eso, quizá la definición más precisa de los discursos de odio sea la que los define como un tipo de uso del lenguaje estructurado por la lógica del chivo expiatorio: ellos ofrecen una explicación simplificada del malestar social que reorienta la violencia circulante en la dirección de un grupo (previamente estigmatizado) señalado como responsable de todos los males, sobre el que se propicia la descarga de la violencia (el peronismo, los sindicalistas, los políticos, las feministas, los mapuche, dependiendo la ocasión). Se logra así un doble objetivo clave en épocas de crisis de la acumulación y exacerbación de la injusticia: a la vez que se ofrece

una explicación (desviada y sustitutiva, reductiva y simplista) de la desigualdad, se colabora activamente en la destrucción de las formas de solidaridad popular que se requerirían para construir respuestas a las causas reales de esa injusticia.

6. Nuevas crisis, nuevas técnicas, nuevas derechas

Los discursos de odio nombran una nueva relación entre lenguaje, afectos y política que se ha instalado en el centro del debate público a nivel global. Una nueva constelación en la que esta pasión, el odio, jamás ausente de la política, adquiere sin embargo una resonancia inédita, generando un nuevo fenómeno, que está a la base de las más novedosas e inquietantes expresiones políticas contemporáneas. Esta constelación está tramada por la convergencia de múltiples factores que podemos simplificar en al menos tres grandes órdenes de problemas: en primer lugar, la relación entre violencia lingüística y violencia socio-económica, o el modo en que las “lenguas de odio” son la manifestación de un neoliberalismo en crisis que busca recomponerse (sobre todo a partir de su última gran crisis de 2008) con experimentos que van más allá de todo tipo de enmarque democrático: las lenguas del odio son las que admiten abiertamente el divorcio entre neoliberalismo y democracia; en segundo lugar, la relación entre violencia lingüística y descomposición de la lengua pública en las redes sociales y sus dinámicas de anonimato, desinhibición, polarización, aislamiento en burbujas de opinión, impermeabilidad ante posturas distintas, radicalización de las posiciones, dinámicas que venían de ser utilizadas provechosamente en elecciones determinantes a nivel global y regional, y que venían permeando a los medios de comunicación en una misma lógica de *fake news* donde el criterio que prima es la segmentación y el aislamiento

en burbujas de opinión que en nada se conectan con una realidad común; finalmente, la emergencia de fuerzas reaccionarias que buscan ofrecer una representación política de todas estas transformaciones en curso, la “derecha alternativa” que en Argentina se expresa en los “libertarios” que, a diferencia de los liberalismos tradicionales, dan curso a una agenda neoconservadora en lo social y antidemocrática en lo político, que encuentra en los “discursos de odio” la identidad de su gramática.

Todas estas variables concomitantes dejan en claro que no cualquier enunciación injuriosa ni cualquier exabrupto discursivo es “lenguaje de odio”. El lenguaje de odio implica la estigmatización simbólica de un grupo social o sus representantes como explicación (paranoide) de todos los males; implica la canalización de las violencias circulantes a través de la movilización de la dimensión performativa del lenguaje por el que una enunciación violenta, en apariencia inocente por ser “sólo” palabra (bajo el manto de la “libertad de expresión”), puede realizar su pasaje al acto y enlazar en una misma cadena de actos (lingüísticos y no lingüísticos) un conjunto reiterado de enunciados estigmatizantes con acciones efectivas de eliminación del grupo social (o de sus representantes) marcado como causa de todos los males. Las lenguas de odio proliferan en condiciones sociales de precarización, en condiciones subjetivas de vulnerabilidad, en condiciones técnicas de digitalización de la experiencia, en condiciones políticas de deslegitimación de la vida democrática y de emergencia de fuerzas políticas programáticamente desigualitaristas. El lenguaje de odio es una secuencia de acciones lingüísticas repetidas, que en cuanto tales pueden en cualquier momento dejar de ser lingüísticas y transformarse en acciones políticas de descarga efectiva de la violencia circulante, como sucedió ese 1 de septiembre. Los discursos de odio ofrecen la ilusión de una explicación simple de malestares complejos, y la posibilidad de liberación compensatoria de las violencias circulantes.

El atentado contra Cristina Fernández instaló en el centro de la agenda político-mediática el tópico de los discursos de odio. Al saltar al centro de la escena permitió instalar como parte del debate público el riesgo real del neofascismo social y la profunda crisis de los pactos democráticos de la posdictadura. Pero al precio de aplanar la agenda de los discursos de odio en la gramática omnívora de la “grieta”, de manera que los medios y la derecha acusan a quienes hablan de discurso de odio de pretender pararse en el lugar moralmente impoluto, del “amor” y de la “corrección política”, desacreditando el concepto como un mero insumo del cinismo moral progre. Y aquí situaría el desafío de las agendas de los discursos de odio tras el atentado a CFK: sostener el equilibrio entre el reconocimiento de que todxs estamos expuestxs a los efectos de los discursos de odio, y, a la vez, que sólo son ciertas fuerzas políticas de la derecha más radicalizada las que están capitalizando esos efectos de la manera eficaz. En otras palabras: la degradación de las formas de subjetivación política atraviesa todo el arco de las fuerzas sociales, políticas y culturales hoy, y nos hace a todxs parte de la subjetividad *trol* dispuesta a las explicaciones simplificadas de los discursos de odio (Calvo y Aruguete, 2020); sin embargo, las fuerzas políticas que basan sus formas de reclutamiento en las lenguas de odio son esas nuevas derechas que empujan el juego democrático hacia formas neofascistas de recomposición de un neoliberalismo en crisis: los discursos de odio son el trazado de la frontera entre el neoliberalismo democrático (el “sistema”, el “progresismo”) y el neoliberalismo abiertamente antidemocrático de las “nuevas derechas”. Al odio no se lo combate con amor, ni el amor es lo opuesto al odio. A los discursos de odio se los combate combatiendo sus causas: la precarización económico-social, la irrupción de la subjetividad *trol*, y la ruptura de los pactos democráticos de las nuevas derechas.

7. *Lingua Tertii Imperii*

Para que la noción de “discursos de odio” no se convierta en una muletilla que pase a formar parte de la misma degradación de la lengua que ella intentaba justamente diagnosticar, es importante reponer el rico espesor de su historia. Una historia que propongo esbozar en tres grandes tiempos y en una precipitación final: la indagación seminal de Victor Klemperer ante la violencia nacionalsocialista, en los años previos a la segunda guerra; la influyente lectura de Judith Butler de los años 90, que decanta décadas de militancias antirracistas y anti-sexistas en los Estados Unidos de la posguerra; las indagaciones con las lenguas del odio realizadas por Roberto Jacoby y Syd Krochmalny en las primeras décadas del nuevo siglo en nuestro país, y desde la simbólica fecha del 2008. Una secuencia que encontró en la pandemia del Covid-19 un precipitante y acelerador de todas las formas de vulnerabilidad (social, digital, política) que terminaron de consolidar las lógicas del discurso de odio, y no sólo en nuestro país.

Convocar la figura de Klemperer resulta clave por más de una razón. Antes que nada, por su sensibilidad para abrirse a la escucha de lo que parecía resistirse a toda escucha atenta, la lengua del nacionalsocialismo. En 1933, este filólogo judío alemán, romanista, especialista en literatura francesa del siglo de las luces, comienza a redactar un diario lingüístico sobre las transformaciones, lentas y sutiles, de la lengua bajo el Tercer Reich, eso que, parodiando el gusto nazi por las fórmulas y las siglas, comenzará a llamar “LTI”: *Lingua Tertii Imperii* (Klemperer, 2001). Sin saber bien por qué al inicio, sin claridad respecto a su futuro (ni del diario ni del suyo propio), intuye que registrar las mutaciones que el nuevo régimen político le va produciendo a la lengua es no sólo un modo de sobrellevar la oscuridad de la época desde la pasión de su oficio, sino además un aporte relevante para comprender cómo y por qué algo tan aberrante, tan impensable, se ha ido

tornando, insensiblemente, algo históricamente posible. El filólogo se pregunta a cada paso qué sentido podría tener detenerse en la patente impostura y la obscena pobreza lingüística de la LTI: “¿Para qué leer textos nazis? ¿Para amargarme la vida más de lo que me la amargaba la situación en general?”, anota. Pero a medida en que su instinto filológico insiste, va aclarando para sí que el lenguaje cotidiano de una época, por degradado que esté, es una vía de acceso a su lógica más profunda. Chistes, comentarios, rumores, refranes, declaraciones oficiales, formas menores de la lengua cotidiana y coloquial, todos esos materiales degradados podían cobrar nuevo valor si se los leía desde esa suerte de etnografía lingüística del nazismo que comenzó a ejercer. El estudio del lenguaje del Tercer Reich podía convertirse en el modo más adecuado para entender ya no la necesidad inadmisibles de sus doctrinas, tampoco la vacuidad pasmosa de su ideología o la locura de su programa, sino la modulación eficaz de las estructuras de la experiencia, de los esquemas de la percepción que el lenguaje de una época organiza, y que hace de algún modo explicable la aceptabilidad de doctrinas, ideologías y programas políticos completamente delirantes e inadmisibles bajo otras condiciones. La crítica del lenguaje aparece como el estudio de las condiciones de posibilidad de la emergencia del fascismo, una suerte de historia de las mentalidades irreductible a la exploración de las ideologías políticas. Pero eso no era todo. Porque el lenguaje no sólo sería una vía de acceso a un inconsciente político que las ideologías y los programas apenas dejan ver, o incluso ocultan deliberadamente. La LTI permite medir el alcance del arraigo del fascismo incluso entre quienes rechazan sus consignas, en ámbitos al resguardo de su coacción, inclusive en aquellas épocas que, *ex post facto*, renieguen de sus objetivos. La LTI es como una mancha de aceite que se expande y prolifera mucho más allá de los focos de enunciación de la ideología nazi. Y, por tanto, es una estructura del comportamiento y del sentir que también puede sobrevivir al fascismo históricamente delimitable.

Porque la lengua tiene esa capacidad de romper dicotomías o fronteras que la ciencia política tiende a mantener: entre partidarios y opositores al régimen, entre toma de conciencia y mutaciones inconscientes, entre la esfera privada y la esfera pública, entre actos simbólicos y procesos materiales, entre el antes y el después de la toma del poder nazi. Y, de manera inquietante, entre el antes y el después de la caída del nacionalsocialismo. Por eso el problema que siempre vuelve en ese libro maravilloso, *LTI. La lengua del Tercer Reich*, es la pregunta por los límites y fronteras del lenguaje nacionalsocialista: ¿hasta dónde llega la LTI? Y más en general: ¿dónde termina una lengua? Al igual que la pregunta de Giorgio Agamben (2017) por dónde termina un campo de concentración (con todos los efectos de parálisis e irradiación invisible que se producen por fuera de sus muros), la pregunta por dónde termina una lengua de la violencia supone ya que el lenguaje abre una topología singular en la que se negocian las batallas sobre el establecimiento mismo de las fronteras (políticas, sociales, afectivas): política de los términos y las delimitaciones, pregunta por las fronteras y sus borramientos. La lengua, lo supo tanto Klemperer como más tarde Burroughs, se *inocula*: "Las palabras pueden actuar como dosis ínfimas de arsénico: uno las traga sin darse cuenta, parecen no surtir efecto alguno, y al cabo de un tiempo se produce su efecto tóxico." Nunca deberíamos creernos más allá del círculo de efectos de LTI, sino más bien portadores de ese virus siempre latente en cada uno de nosotros. La batalla por las lenguas del odio se libra en cada quien, porque la lengua es una comunidad que no sabe de adentro y afuera. Klemperer nos invita a resistirnos a suponer que el odio es siempre del otro. Por el contrario, *la lengua es el otro*, y, por tanto, el odio nos atraviesa a todos. Porque el lenguaje siempre es un *phármakon*: su ambigüedad constitutiva, medicina o veneno, veneno y medicina, requiere de un arte de la palabra como arte farmacológico, sabedor de usos y dosis, más que de esencias y definiciones; de tratamientos y síntomas, más que de algoritmos y moral. Entre el amor a la lengua materna y el rechazo a la jerga de los verdugos, Klemperer nos ha transmitido la dramática ambigüedad de toda política de la lengua.

Volver sobre la figura de Klemperer, además, nos permite volver sobre ese momento histórico que, entre la pauperización de las masas y la utilización de los nuevos medios técnicos disponibles, se comenzaba a gestar el huevo de la serpiente nacionalsocialista entre la autoculpable deslegitimación de las fuerzas progresistas y las ruinas de la república. Esa época, la de la República de Weimar y su colapso, sin pretender una equiparación simplista, puede ofrecer sin embargo un espejo crudo e iluminador para nuestro tiempo de extremas derechas convertidas en alternativas posibles y seductoras para sectores vulnerabilizados, como las clases medias pauperizadas, los trabajadores precarizados, las juventudes desencantadas, las crispadas masas digitales. Al igual que en aquel tiempo, nuevas expresiones de ultraderecha (también fueron “nuevas” para lxs sorprendidxs ciudadanxs e intelectuales alemanes de aquel tiempo) supieron articular el descontento social con las posibilidades técnicas de los nuevos medios para hacer verosímil lo impensable. Por eso resulta interesante convocar a Klemperer junto a su tiempo. Por eso apareció ya Walter Benjamin en estas líneas. Y por eso quisiera cerrar este apartado con la alusión a un libro que debería volver a ser discutido hoy, que es *Herencia de este tiempo*, de Ernst Bloch (1935), el libro que, desde la izquierda marxista de Weimar, pensó las múltiples formas de apropiación desviada, por parte de esas nuevas derechas, de motivos y símbolos clave de una izquierda que no supo reaccionar a tiempo, y que vio cómo la derecha más brutal capturaba la adhesión de sujetos políticos que esa izquierda habría debido saber representar. Al igual que hoy, la apuesta por una reutilización estratégica de los nuevos medios (en tiempos de Bloch, la apuesta de las vanguardias artísticas) se abre como terreno de exploración de una izquierda que rompa su fascinación con la capacidad de seducción de las derechas neofascistas y pase a combatir las en el esquivo escenario del presente, tan resbaladizo como el de la República de Weimar. Si Klemperer desmenuzó la progresiva descomposición de la lengua en un gesto de escucha que hoy volvemos a necesitar,⁵ Bloch analizó

5. La “etnografía textual” de De Castro Rocha recoge precisamente ese gesto de escucha atenta, previa a la valoración, de formas

de lenguaje degradado a las que de otro modo no le daríamos ningún tipo de valor, que busca comprender estructuras de significación, y no dar plausibilidad al delirio de sus programáticas.

la eficaz estrategia confiscatoria del lenguaje de las nuevas derechas de su tiempo,⁶ mostrando que el éxito del nacionalsocialismo radicó en hacer una apropiación del utopismo

en una época desesperada, cuando la fuerza de la izquierda para ofrecer imágenes de futuro parecía haberse agotado (Galliano, 2020). La lengua de los “libertarios” argentinos exige este doble gesto de lectura. De otro modo, la lengua de la “libertad” habrá sido abandonada en brazos de sus más crueles enemigos (Brown, 2019). La avanzada del nazismo contra la socialdemocracia se parece demasiado a la avanzada de los neofascismos contemporáneos contra el “progresismo” como para que no intentemos aprender algo de esa historia.

6. En un gesto que hoy reaparece en libros como el de Pablo Stefanoni (2021), ¿La rebeldía se volvió de derecha? Decía Bloch en su enorme libro: “En primer lugar ellos robaron el color rojo y lo agitaron todo con ayuda de éste. [...] Luego robaron la calle, la presión que esta ejerce.” (Bloch, 2019: 80) “El propio término Tercer Reich tiene una larga historia, incluso una historia revolucionaria. El nazi fue creativo, por así decirlo, sólo en el ensamblaje de todas las piezas que hizo para emplear soluciones revolucionarias con un sentido inverso. El nazi, además de aprovecharse de la desgastada estupidez de las más rastreras tertulias, utilizó el brillo oscuro de antiguas palabras y le dio una pátina a la revolución que pretendía realizar.” (id: 130) “[...] han robado y pervertido la bandera roja, el primero de mayo e incluso la hoz y el martillo para los fines de la falsedad. Los nazis han sabido hacer uso de los símbolos menos manifiestos de la revolución para sus propios fines” (id: 154, trad. modificada). Lo sorprendente es que nos sorprenda el discurso “antisistema” de las “nuevas derechas”.

8. Palabras que hieren

El problema del lenguaje del odio se plantea de manera programática y muy influyente en un libro de Judith Butler de fines de los años 90, traducido como *Lenguaje, poder e identidad* (Butler, 2004), pero bastante más elocuente en su título original: *Excitable speech. A politics of the performative* (1997). No es una mera coincidencia que esté escrito por una referente clave del pensamiento queer y feminista, como no lo es que LTI haya salido de la pluma de un romanista judío. Sería

interesante seguir la pista del paralelo entre el libro de Butler y el de Klemperer, a través del mismo gesto glotopolítico de interrogar no tanto el vínculo *entre* lenguaje y política, sino más bien el lugar del lenguaje *en* la política: menos la “relación” entre dos realidades auto-constituidas antes de entrar en vínculo, que la mutua implicación entre dos registros que se precisan recíprocamente para constituirse como tales. Butler relanza, ya no frente a la ofuscación fascista sino ante la neoliberal, las preguntas sobre qué significa decir que el lenguaje pueda herir, que el lenguaje pueda ejercer, por sí mismo, violencia.

Lo que interesa ahora subrayar de su planteo es que para hablar de la fuerza performativa de la lengua, es decir, de su capacidad para *hacer cosas*, y no sólo para representar *cosas hechas*, debemos tener en cuenta que esa performance nunca es aislada, sino que siempre se plantea como repetición de enunciaciones anteriores, como actualización de un ritual que garantiza el lazo entre palabra y acción. Es decir, para que la lengua hiera hace falta que convoque la historia de enunciaciones que diseñaron el ejercicio de esa violencia: “Una larga cadena de interpelaciones ofensivas movilizan al sujeto que emite las palabras socialmente ofensivas”, escribe Butler. Vale decir, el lenguaje del odio, clasista, racista, xenófobo, misógino, homofóbico, etc., nunca se compone meramente de las enunciaciones hirientes, sino de la historia de injurias que esa enunciación supone y actualiza, y sin la cual carecería de toda eficacia performativa. Si las palabras pueden herirnos y movilizar la violencia, si podemos “hacer cosas con palabras”, es porque ellas actualizan rituales lingüísticos que se repiten en una palabra que condensa una historia de prácticas lingüísticas.

El insulto clasista de hoy condensa y se ampara en una historia de opresión de clase: funciona en esa historia, y sirve para actualizarla y relanzarla al porvenir. La denigración racista refrenda y actualiza una historia de sometimiento colonial. La injuria misógina u homofóbica

jamás podría separarse de la larga duración de las formas patriarcales y heteronormadas de distribución de lo social. De modo que el lenguaje del odio nunca es un fenómeno puntual, sino siempre *citacional*, es decir, implica una *cita* a una historia de sometimientos y a una comunidad que se organiza a través de ellos. Su función es, entonces, al menos doble, pues a la vez que *hiere* a quien sitúa como objeto de su injuria, *consolida*, en el mismo gesto, la comunidad histórica interesada en provocar ese daño y sostener sus efectos políticos.

Esto resulta muy relevante para despejar al menos dos cuestiones clave. Por un lado, la importancia de ciertos ecosistemas, de ciertas estructuras de habilitación, que nunca son aisladas o particulares, sino históricas y colectivas, y sin las cuales los enunciados del odio serían inviables, carecerían de la eficacia con la que cuentan. Así, esta expansión del acto de habla, entendido como un eslabón dentro de una “cadena ritual de resignificaciones”, permite reconocer el vínculo, por ejemplo, entre un insulto callejero puntual y las habilitaciones lingüísticas por parte de voces influyentes de los medios masivos o de las dirigencias políticas, o también entre las “burbujas” de las redes sociales y los discursos políticos del odio que circulan en los medios de comunicación tradicionales. La palabra de odio nunca opera sola.

Pero, además, al comprender el lenguaje del odio como parte de una red lingüística mayor, lo que se está planteando es que hay una distancia, un intervalo que separa el acto de habla violento de sus pretendidos efectos. Si la palabra de odio nunca está sola es porque no hay posibilidad de establecer una correlación uno-a-uno entre palabra y daño, sino que hay siempre una mediación entre las palabras y sus violencias, tramada de historias de códigos y significaciones sedimentadas. Por ello, esa separación frustra cualquier intento punitivista de ofrecer criterios unívocos, uno-a-uno, para juzgar los daños producidos por palabras, y, a la vez, ofrece la oportunidad para negociar y propiciar

desvíos respecto a los usos lesivos de la lengua. Para decirlo en una fórmula: si la palabra de odio nunca está sola, es porque tampoco los efectos dañinos que se buscan con ella están garantizados. La brecha que separa el lenguaje del odio de los efectos buscados es el terreno de disputa por los usos desviantes y parodias, las contra-apropiaciones, incluso, de los propios términos insultantes.

Desde la puesta en valor del “cabecita negra” por la lengua plebeya de Evita hasta la vindicación de la “loca” por las lenguas travestis contemporáneas, desde el “negro” peronista hasta la “puta” sindicalizada, la insumisión de las palabras ha demostrado una y otra vez que la capacidad de hacer daño con el lenguaje nunca estará garantizada. Tanto menos la estabilidad de los enmarques (históricos, rituales) que posibilitan ese daño. Los efectos de las palabras nunca pueden ser totalmente controlados por sus enunciadores. Las reapropiaciones paródicas de las palabras de la injuria muestran que esta batalla nunca puede darse por saldada.

Todo ritual se basa en la repetición, de allí el sentido conservador que le solemos adjudicar. Pero la repetición misma muestra que nunca hay identidad, sino reactualización permanente, cada vez. De otro modo, no se requeriría el esfuerzo de la repetición —y esto vale, sobre todo, para la esforzada reiteración de los principales eslóganes del odio, que encuentran en la repetición machacosa, o las enfáticas MAYÚSCULAS, justamente, uno de sus mecanismos más recurrentes. Esta diferencia entre repetición e identidad, que aqueja como estigma de historicidad a todo acto ritual, es la que abre la repetición a una diferencia que le es constitutiva. Nunca está garantizado que el ritual tenga eficacia, siempre queda abierto al desvío y a la resignificación. A mayor violencia requerida por ese esfuerzo de repetición, mayor será el índice de desvío que disputa la eficacia del acto ritual (a mayor uso de mayúsculas para sostener lo que se cae por sí mismo, mayor fragilidad de lo que se enuncia con tan ostentosas muletas).

Es importante convocar a Butler no sólo por ser quien, después de Kemplerer, ha estudiado las formas en que la política de la lengua prepara el terreno para las violencias de la política, sino porque recupera la experiencia de la larga tradición de resistencia al racismo y al sexismo de las décadas de la posguerra en Estados Unidos. Y porque es de ese contexto de donde emerge la expresión misma de “discursos de odio”, o “hate speech”. Esto es muy relevante, porque permite anclar el concepto en su contexto de emergencia, un contexto que remite la expresión a su vínculo interno con los *hate crimes*: el *hate speech* se entiende como el antecedente y la preparación de los *hate crimes*, y en relación sistemática con él, y es en ese contexto que cobra sentido el debate en Estados Unidos, donde surge la expresión. De esta forma, la expresión “discursos de odio” llega a la Argentina sin el acumulado de discusiones en torno a los “crímenes de odio”, facilitando entonces la lectura simplificadora de los discursos de odio como meras injurias o expresiones subidas de tono. Nuevamente: no toda expresión injuriosa es discurso de odio. Butler y el debate norteamericano nos ayudan a seguir precisando su sentido: los “discursos de odio” refieren a los usos del lenguaje que se proponen para preparar y legitimar los “crímenes de odio”, crímenes ligados a la persecución de minorías, sobre todo raciales y sexuales.

Dicho esto, podemos destacar que la ventaja de poder hablar de “discursos de odio” es análoga a la de poder hablar de un “crimen de odio”. Para nuestro país, esto se torna visible en la incorporación de la figura de “femicidio” (desde 2012) como figura agravada del homicidio, que reemplaza la figura histórica del “crimen pasional”, sacándolo de la mera privacidad, permitiendo entender que el crimen no afecta sólo a la víctima, sino también al colectivo del que ella forma parte, reafirmando así la dominación histórica sobre ese colectivo y perpetuándola. Es decir, da cuenta de su carácter no aislado, sino *sistémico*, y permite nombrar y diagnosticar a ese sistema, y no sólo al crimen puntual. Del mismo modo sucede con los discursos de odio: nunca están

dirigidos solo a sus víctimas, sino al colectivo del que ella forma parte; sus enunciaciones son citas de un entramado sistémico, que debe ser abordado y tematizado como tal. El atentado a Cristina Fernández, en el umbral entre el discurso de odio y el crimen de odio, no está orientado sólo a su persona. Es un mensaje a todo el pueblo peronista y al campo popular que pretendía oponerse a las lógicas perversas del *lawfare*. Ese mensaje se sigue enunciado hoy, como la bala que a cada paso pende sobre nosotrxs, como amenaza permanente diseñada para condicionar y limitar nuestra vida democrática.

9. El odio a diario

En 2008, muchos años antes de que los “discursos de odio” se convirtieran en parte de la agenda política y mediática en Argentina, Roberto Jacoby y Syd Krochmalny inician un proyecto de investigación, visibilización y elaboración de las lenguas del odio en nuestro país. Digo proyecto porque nunca estabilizó del todo sus formatos y soportes, ni dio cierre a la deriva de sus efectos, sino que fue mutando y expandiéndose a través de distintos materiales y apuestas (v. Giorgi 2021). Como Klemperer en 1933, Jacoby y Krochmalny iniciaron su diario lingüístico de la violencia neoliberal en la Argentina, esa que había hecho el caldo de las elecciones de 2015, y que llevaron al poder a Mauricio Macri. Fueron recopilando comentarios de los foros online de los diarios *La Nación* y *Clarín*, desde 2008 a 2015, y con ese material degradado fueron proponiendo distintas puestas en forma: primeramente, en 2014, como instalación visual (pintadas con carbonilla en la pared, cual si fueran graffitis, de fragmentos o frases sueltas de los foros); luego, en 2016, como poemario (de escritura no creativa: ninguna palabra de ellos, que sólo intervinieron convirtiendo los textos de los foristas en versos, es decir, en el corte); y finalmente como puesta escénica, en 2017 (bajo la dirección de Silvio Lang).

Interesa especialmente el año de inicio: 2008. Fecha a la vez local y global, que marca el inicio, en ambas escalas, de formas de la derecha que creíamos “superadas” tras los pactos político-culturales de nuestras posdictaduras. Es el año de la más importante crisis del capitalismo después de la del 29 (y siguen los paralelos históricos con la República de Weimar), de la que emerge la que se empezó a denominar *alt-right* o “derecha alternativa” (como contracara del “altermundismo” izquierdista de principios de siglo) que deja de lado sus modales democrático-corporativos (propios de los sectores que a partir de entonces comienzan a ser denigrados como “establishment” o “sistema”) y vuelve a mostrar los dientes de la más explícita violencia de clase, de raza, de género. En nuestro país, esa ruptura se hace reconocible en las movilizaciones patronales por la polémica “resolución 125” (que estipulaba aumentos en las retenciones a la exportación de granos): una derecha envalentonada, desinhibida, que en un mundo de extrema desigualdad y con dificultades de acumulación sólo puede seguir buscando la maximización de sus beneficios a costa de ya no poder ocultar la violencia de su deseo desigualitario. Todas las jerarquías, clasistas, coloniales, patriarcales, volverán a ser afirmadas sin ambages ni pruritos, apoyándose la reafirmación de cada una de ellas en la recomposición de las otras. Como si, ante los límites de expansión de los territorios de extracción de plusvalía, ahora se tratara de volver a una retórica de la escasez y del darwinismo social crudo y duro, en el que la violencia terminológica no hace más que dar cuerpo a la violencia de la delimitación entre dos humanidades, una que resulta digna de vivir y otra destinada al descarte. De allí la necesidad de convertir el antagonismo político en negación simbólica y material del otro. Entre sus inicios en la crisis del 2008 y su radicalización con la lógica de la pandemia —en la que la decisión sobre la humanidad descartable fue tortura cotidiana para médicos en todo el mundo—, lo que se reproduce es la misma pulsión tanatológica de la “derecha alternativa” contemporánea.

Jacoby y Krochmalny, de manera igual de tentativa que en su momento Klemperer, intuyen entonces que algo de esa transformación puede registrarse en las mutaciones del lenguaje, pero también que esas transformaciones comenzaban ya a actualizar las formas del futuro que se avecinaba. A diferencia del filólogo alemán, los argentinos registran además la novedad de los nuevos medios digitales, que propician, con sus formas anónimas y fugaces, la multiplicación y la desinhibición de las lenguas sociales de ese tiempo latinoamericano y global. Pero la sorpresa es la misma que la de Klemperer: el asombro ante “la tolerancia social y jurídica respecto a la manifestación pública de expresiones de hostilidad radical” (Jacoby y Krochmalny, 2016: 43). El problema parece ser el mismo: ¿cómo entender la transformación insensible de los esquemas de percepción y pautas de evaluación que van haciendo “tolerables”, admisibles, e incluso elogiables, expresiones de deshumanización de sectores enteros de la población? El mejor modo de comprenderlo es, sugieren Klemperer, Jacoby y Krochmalny, poner el oído en la lengua de la época. Tal como lo sugiere el editor de los *Diarios de odio*, Gerardo Jorge, “este material no quiere ser solamente el documento de un procedimiento transtextual con valor político y/o documental sino que quiere ser leído también como ‘poemas’, poniendo el oído en la zona de ambigüedad que los enunciados tienen y enfrentándonos a una constatación incómoda” (en Jacoby y Krochmalny: 45). Vale decir, Jacoby y Krochmalny nos proponen adentrarnos en los discursos del odio como *poética*, y el escándalo que ello implica no sólo hace a la fuerza literaria de su libro, sino además a su eficacia política: reconocer los discursos de odio como poética permite adentrarnos en el señalamiento de sus recursos retóricos, sus recurrencias formales y temáticas, sus estrategias argumentales, su tropología.

En primer lugar, el poemario nos permite reconocer tópicos clave de la “batalla cultural” en curso de las nuevas derechas, algunos presentes a nivel global y otros específicos de la Argentina: la denigración del discurso de los derechos humanos y la reivindicación de la última

dictadura militar (la crisis de los pactos de la posdictadura); el racismo y el clasismo desembozados (la “desdemonización” del discurso desigualitario); toda la cuestión de género, el feminismo y en especial la ley de identidad de género (en sintonía con el discurso global sobre la “ideología de género”); el peronismo, los piqueteros y la figura de Milagro Sala (en línea con la larga historia del antiperonismo en Argentina); el discurso anti-estado en general (entre neoliberal y ya proto-libertario). Los títulos de los poemas son elocuentes al respecto: “Prostitutas subsidiadas”, “Luz verde a la ley de identidad de género”, “El nieto recuperado número 114”, “Argentina negra”, “Negro de KK”, “Piketeros”, “Políticas de la memoria”, etc.

El estilo argumental es ese que De Castro Rocha identificó en el caso análogo de Brasil: el del “silogismo de Napoleón en el hospicio”, un silogismo que *“parte siempre de la conclusión –‘el peligro rojo’ inminente, ya en la esquina, en verdad en nuestras casas, o peor!, conquistando nuestros corazones y mentes– y, de ese modo, poco importa el contenido de las proposiciones, que, lógicamente, deberían anteceder a la conclusión.”* (De Castro Rocha, 2021: 173) En este caso, la conclusión es la negación del progresista, del negro, del peronista, del kirchnerista, y de sus principales representantes: la ESMA, Milagro Sala, Cristina Fernández, etc., y para esa conclusión ya admitida, cualquier premisa puede ser convocada, por lo que su vinculación no estará dada por la articulación lógica sino por la adherencia acumulativa. Diríase que la única conclusión parece ser siempre la misma: BALA, como síntesis significativa y argumental de todo el discurso. De hecho, el poemario completo termina con “una bala en la cabeza” como verso final y conclusión del gran silogismo del libro. El poema se titula “Negro de KK” y cito el inicio y el final:

Querido negro de mierda:
ahora entendés porque te trato así
(...)

Te deseo un verano caluroso,
ni un peso para el vino
y una bala en la cabeza. (Jacoby y Krochmalny, 2016: 41)

Los recursos retóricos no siempre son tan simples, aunque siempre tiendan a la simplificación y estén puestos al servicio del silogismo pos-aristotélico de la conclusión anticipada. Se movilizan las figuras de la repetición y la recurrencia ante todo. No sólo la repetición de palabras, a veces en asomos anafóricos, sino la repetición de letras o de caracteres, o de signos de puntuación, sobre todo de admiración. En todos los casos, la repetición opera como afirmación identitaria, como violencia de la identidad, como afirmación de sí que busca negar, en la propia forma, la aparición de lo otro. También como descarga digital de un fastidio que se expresa en ese machacón volver sobre las mismas palabras, las mismas letras, las mismas teclas. La recurrencia de las mayúsculas no hace más que subrayar nuevamente el mismo gesto de énfasis permanente, soporte material del abuso de la hipérbole como recurso retórico predilecto (infaltable en los títulos de los videos de youtube, cuya estructura elemental es: "X DESTROZA A Y"). Como ejemplo, muy breves fragmentos del largo poema "La democratización de las fuerzas de seguridad":

(...)
a estos solo les cabe un idioma: plomo, plomo y más plomo
(...)
PERO IR A LABURÀAAA
NOOOOOOOOOOOOOOOOOO
PA QUÈ ?????
SOLUCION,SOLO BALAS,BALAS (Jacoby y Krochmalny, 2016: 38-39)

Repetición de palabras, de letras y signos, uso de mayúsculas como gráfica de la hipérbole, escritura descuidada cual chat de celular, y

una única conclusión anticipada: plomo, plomo y más plomo; SOLO BALAS, BALAS.⁷ Con semejantes condiciones discursivas, ya activas en el período 2008-2015, el atentado contra la vicepresidenta pudo ser leído como el “acontecimiento de violencia política más previsible y explicable de la historia reciente” (Ipar, 2022).

10. Dinamitar o desapropiar

Estas pulsiones políticas que Jacoby y Krochmalny capturaron en una fase aún oscura e informe de su expresión (con los foristas anónimos de la web como enunciador colectivo), en la Argentina de hoy, tras la traumática experiencia de la pandemia, han cobrado consistencia política con la irrupción de los “libertarios” en la escena local, y tienen en la figura de Javier Milei un candidato a presidente para las próximas elecciones, con chances reales de entrar en el ballotage. Su discurso público se vale de todos los recursos expuestos en la poética de los *Diarios del odio*, y las BALAS, BALAS retornan en su consigna estrella: “dinamitar” todo, el estado, el “sistema”, el kirchnerismo, el gasto social, etc., pero, en todo caso, DINAMITAR. Lo que más adelante se tradujo en su “plan motosierra” para achicar el estado. El éxito de

7. A lo largo del poemario, la recurrencia de imágenes de aniquilación del otro da cuenta de una regularidad sistemática, de una auténtica “cadena ritual de resignificaciones”, en palabras de Butler. Sólo como breve muestra, dejo algunas citas al azar, ubicadas casi siempre sobre el final de los poemas, justamente, como remate: “El racismo se evita / evitando a los negros” (Jacoby y Krochmalny 2016: 12); “Pero hay un DIOS QUE ES JUSTO / maten al pescado y a la yegua” (id.: 21); “PAREDON !!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! / A LOS PUNTEROS KK = BARRAS / tiro en la nuca y a una fosa común” (id.: 25); “OJALA LOS AMETRALLEN A TODOS / POR MAFIOSOS” (id.: 29); “Negra de mierda vendiste tu alma, / pagaría por torturarte / y hacer que derrames litros de sangre” (id.: 32); “Al grupo Isis: / por favor hagan algo con esta maldita Yegua” (id.: 34); “REPRESIÓN INDISCRIMINADA, / GATILLO FÁCIL, / NI PIEDAD PARA LA DELINCUENCIA, / SIN IMPORTAR LA EDAD QUE TENGAN, / POR QUE A ELLOS TAMPOCO LES IMPORTA, / OJO POR OJO, / DIENTE POR DIENTE.” (id.: 40). Ramiro Parodi, en “De qué está hecha una bala”, reconstruye la centralidad del término “bala” en formaciones discursivas muy recurrentes en redes sociales. “‘Bala’ es una forma de intervención que se reitera en Twitter Argentina. Se lo usa casi como un acto reflejo donde la vida del otro parecería susceptible de ser dirimida en un comentario, un voto positivo hacia el ‘ajusticiamiento’. Hay una banalización de lo que ‘bala’ significa: ‘muerte’” (Parodi, 2022).

esta fórmula llevó a la oposición mayoritaria, en la figura de Mauricio Macri, a hablar de “semi-dinamitar todo”, mostrando, además de la pavorosa pobreza discursiva, la fuerza de estas lenguas de la destrucción para condicionar el conjunto del debate público. Más allá de los resultados electorales, el objetivo de Milei ya fue cumplido: la política como arquitectura de la destrucción es hoy una posibilidad real.

Para que hoy Javier Milei se proponga “dinamitar” (el Banco Central, la clase política, los consensos democráticos de la posdictadura), como consigna fundamental de la campaña de la extrema derecha en nuestro país, hizo falta primeramente un paciente trabajo de dinamitar la lengua, gracias al que semejantes delirios pudieran ser transformados en consignas aceptables en el juego (pos)democrático contemporáneo. De hecho, no son pocos los indicadores de que el “fenómeno Milei” se está desinflando en el proceso de esta campaña electoral. Pero justamente eso es lo que vuelve a plantear el problema de fondo, que no es Milei, sino el mileismo, que no es la expresión electoral aislada, sino la modulación del discurso público en la dirección de su generalizada descomposición. Tal como ha sostenido De Castro Rocha para el caso de Brasil, el problema no es Bolsonaro, sino el bolsonarismo. Y siendo el bolsonarismo la forma brasilera del neofascismo contemporáneo, es decir, de esa arriesgada apuesta de construir a través de la destrucción, es lógico que el avance del bolsonarismo conlleve la ruina, también, del propio Bolsonaro. Del mismo modo que el “fenómeno Milei” puede ir de la mano de un declive de su figura en las encuestas pre-electorales.

Por eso volvemos a lo mismo: los discursos de odio como cifra de un malestar en la lengua, de una crisis de nuestra experiencia de lo común, más profunda de lo que puede testimoniar una contienda electoral. Una mutación discursiva que se parece tanto a la “mutación antropológica” que Pasolini (1997) diagnosticara en los inicios del neoliberalismo en su Italia de los 70, una transformación subjetiva generalizada y

acelerada, que ahora lleva, en las nuevas derechas, el nombre explícito y programático de “batalla cultural”.

¿Qué hacer con esa batalla? ¿Deberíamos ignorarla por no ser “nuestra”, dejando así abierto un frente cada vez más seductor para jóvenes, precarixs y desencantadxs? ¿Deberíamos acaso librarla y confrontar con sus representantes, cayendo así en el barro en el que se nos quiere empantanar? ¿O más bien intentar encararla, pero en “nuestros” términos? Ahora bien, ¿no es justamente una batalla por los términos, por los términos en los que se formula la batalla? Y, además, ¿no era la “batalla cultural” una bandera “nuestra”, izada en consagrados mástiles gramscianos? ¿Vamos a dejar que sigan usurpando nuestras banderas? ¿O el problema habrá sido creer en ese “nosotros” de la lengua emancipatoria, que moralizó el discurso progresista y lo alejó de lo real inapropiable de la lengua? En un pasaje decisivo, Judith Butler señala: “La violencia del lenguaje consiste en su esfuerzo por capturar lo inefable y destrozarlo, por apresar aquello que debe seguir siendo inaprensible para que el lenguaje funcione como algo vivo.” (Butler, 2004: 27) Pareciera sugerirnos: ni abstenernos de la batalla lingüística, ni caer en la trampa confiscatoria: apostar al frente antifascista que se dibuja cada vez que la lengua acontece por fuera de toda pretensión de propiedad, que resguarda y cobija la lengua como inapropiable. Capturar lo inefable para moralizarlo en la maquinaria progresista es sólo el reverso de su “dinamitación” destructiva en los engranajes del odio. El frente antifascista busca movilizar lo inasible de la lengua como condición de una comunidad más justa, exponiéndose a un afuera que carece de palabras, pero sin el cual ninguna figuración de futuro será posible. Internarse allí, en esa tierra de nadie, como promesa común en tiempos oscuros.⁸

8. Un despliegue más amplio de las tareas posibles de un tal frente antifascista se propone en García 2021.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio. "Qué es un campo". *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Trad. Flavia Costa. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2017. 45-53.

Benjamin, Walter. *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. Trad., prólogo y notas de Felisa Santos. Buenos Aires: Godot, 2019.

Bloch, Ernst. *Herencia de esta época*. Intro., trad. y notas Miguel Salmerón Infante. Madrid: Tecnos, 2019.

Brown, Wendy. "Lo que daña a la izquierda es haberle cedido la libertad a la derecha", entrevista a Wendy Brown en *El Confidencial*, 26/12/2019. En línea.

Butler, Judith. *Lenguaje, poder, identidad*. Trad. y pról. Javier Sáez y Beatriz Preciado. Madrid: Síntesis, 2004.

Calvo, Ernesto y Natalia Aruguete. *Fake news, trolls y otros encantos. Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2020.

De Castro Rocha, João Cezar. *Guerra cultural e retórica do ódio (Crônicas de um Brasil pós-político)*. Goiania: Caminhos, 2021.

Feierstein, Daniel. *La construcción del enano fascista. Los usos del odio como estrategia política en Argentina*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2019.

Galliano, Alejandro. ¿Por qué el capitalismo puede soñar y nosotros no? Buenos Aires: Siglo XXI, 2020.

García, Luis I. "Introducción. Políticas de la lengua en el frente antifascista". Luis I. García, ed. *La Babel del odio. Políticas de la lengua en el frente antifascista*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2021. 11-112.

Giorgi, Gabriel. "La literatura y el odio. Escrituras públicas y guerras de la subjetividad". Luis I. García, ed. *La Babel del odio. Políticas de la lengua*

en el frente antifascista, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 2021. 207-277.

Ipar, Ezequiel. "Fue el odio". *Anfibia*, 02/09/2022. En línea.

Jacoby, Roberto y Krochmalny, Syd. *Diarios del odio*. Buenos Aires: n direcciones, 2016.

Klemperer, Victor. *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*. Trad. A. Kovacsics. Barcelona: Minúscula, 2001.

Laje, Agustín. *La batalla cultural. Reflexiones críticas para una Nueva Derecha*. Ciudad de México: Harper Collins, 2022.

Laje, Agustín. *Generación idiota. Una crítica al adolescentrismo*. Ciudad de México: Harper Collins, 2023.

Parodi, Ramiro. "De qué está hecha una bala". *Revista Anfibia*, 06/09/2022. En línea.

Pasolini, Pier Paolo. *Cartas luteranas*. Trad. J. Torrell, A. Gimenez Merino y J. R. Capella. Madrid: Trotta, 1997.

Stefanoni, Pablo. "El día que Álex de la Iglesia disparó contra Cristina Kirchner". *elDiarioAR*, 18/09/2022. En línea.

Stefanoni, Pablo. *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2021.

Schuster, Mariano. "Los nuevos best sellers de la 'derecha sin complejos'. Entrevista a Ezequiel Saferstein". *Nueva Sociedad*, mayo 2023. En línea.

Vaca, Pablo. "Cristina, entre la bala que no salió y el fallo que sí saldrá". *Clarín*, 11/09/2022. En línea.